

“CRÓNICA de la ESPERA”

de Carlos Manuel Varela

Personajes:

ISABEL

DIEGO, su esposo, periodista.

MARTIN, hijo de ambos, de apenas diez años.

DELIA, mujer madura.

CECILIA, su hija, de aproximadamente dieciocho años.

MAURO, periodista muy joven.

EMILIA, de más de cincuenta años.

LOPEZ, de modales y presencia impecables.

La acción transcurre en Montevideo. Los hechos que se escenifican han sido tomados de la realidad.

Esta nueva versión de la obra, que se centra en forma definitiva en el tema de los desaparecidos, se terminó de corregir a fines de agosto de 1986. El texto original fue sometido a sucesivas modificaciones, eliminándose escenas o sustituyéndose por otras nuevas, acentuándose la gravitación del personaje de MARTIN (un niño, que también será HUGO) y su carácter simbólico. Asimismo, en este texto se hace hincapié en la fantasía de una de las protagonistas (ISABEL) a través de escenas imaginadas (encuentro de MARTIN con DIEGO) que el director apenas subrayará con un adecuado juego de luces.

Montevideo, setiembre de 1986

(Un cenital sobre Martín.)

MARTIN - *(Con la pelota bajo el brazo, la mirada en un punto.)*

Montevideo, 14 de marzo de 1985.

Hoy es un gran día. Dicen que Montevideo se llenó de brazos. Salieron todos y yo me puse a esperar otra vez. Brazos abiertos, gritos y alegría. Y yo esperando. No vino. Él no apareció.

(Abraza la pelota, fuerte, muy fuerte. Después, con rabia, comienza a picarla una y otra vez contra le piso.

Ahora se escucha fragmentado el comunicado de una radio: las palabras “amnistía”, “libertad de todos los presos políticos” y la voz de algún recientemente liberado contestando a un reportaje. Algarabía, gritos, aplausos tapan las voces mientras crece la rabia en Martín que sigue picando la pelota.)

Voz de ISABEL - Martín, ¿dónde estás?

Voz de EMILIA - Hugo ... ¿te escondiste otra vez?

Voz de ISABEL - Dejá esa pelota y vení.

Voz de EMILIA - No tenés que ponerte así. No podés enojarte, Hugo.

Voz de ISABEL - Vas a romper algo. Vení.

Voz de EMILIA - Sos igual a tu padre cuando te enojás. Igualito a Hugo.

Voz de ISABEL - Vamos, vení, no me hagas esperar.

Voz de EMILIA - Vení acá. Vamos a hablar.

MARTIN - *(En proscenio)* No quiero hablar.

(SALE, con su pelota, rabioso.)

(Las luces crecen iluminando la sala de espera: tres bancos largos, sin respaldo. Uno en el centro, los dos restantes a cada lado del escenario, abriéndose hacia proscenio. Entra Emilia, observando todo. Se vuelve y llama a alguien:)

EMILIA - No se quede ahí, Delia. Venga. Le digo que es acá.

(Entra Delia, observa todo con desconfianza, confundida.)

DELIA - ¿Es acá?

EMILIA - Es el mismo lugar.

DELIA - Parece otro.

EMILIA - Yo lo registré bien. Tengo una fotografía aquí. *(Señala su cabeza.)*

DELIA - Algo cambió.

EMILIA - *(Mientras mira)* Había un globo de luz ahí ... de opalina, ¿se acuerda? *(Da unos pasos, observa)* También arrancaron el empapelado.

DELIA - *(También recorre todo)* ¿Se mudaron?

EMILIA - ¡A qué no le ofrecieron la nueva casa!
(Va hacia el Fondo, recorre todo llamando con insistencia.)
López ... *(Grita)* López ... *(Cada vez más irritada)* ¡López!

DELIA - ¿Se acuerda de aquel escritorio estilo inglés? No está.

EMILIA - *(Se deja caer en un banco)* Se lo tragó la tierra al señor López.

DELIA - *(Mientras sigue merodeando)* ¡Qué sucio está todo! Parece un lugar abandonado.

EMILIA - *(Casi para sí, obsesiva)* Aquí había una Oficina, ¿no? Aquí estuvimos todas, ¿no?

DELIA - En esta cuadra las casas son todas iguales, viejas y con estos patios ...

EMILIA - Era esta casa. No se engañe.

DELIA - Sí, aunque en este estado ...

EMILIA - ¿Llamó a la señora de Castro?

DELIA - Sí, pero no sé si vendrá. La encontré muy mal ... creo que empezó a llorar cuando le dije que íbamos a encontrarnos otra vez aquí.

EMILIA - Es joven. Va a salir adelante.

DELIA - ¿Y usted?

EMILIA - *(Le palmea una mano)* No soy joven pero tengo tantas fuerzas como usted.
¿Le parece poco?

DELIA - *(Sonríe)* No.
(Entra Isabel, algo agitada.)

ISABEL - Delia, Emilia ... ¿hace mucho que esperan?

EMILIA - No.

ISABEL - ¿Saben algo?

EMILIA - No hay nadie.

DELIA - La casa está vacía.

ISABEL - No puede ser.

DELIA - Dejaron estos bancos, nada más.

ISABEL - *(Los mira)* Nuestros bancos, ¿eh?

DELIA - ¿Cuántas horas pasamos sentadas aquí?

ISABEL - *(Mientras recorre)* ¿Buscaron bien? *(Va hacia el fondo. Grita)* ¿No hay nadie?!

EMILIA - El Sr. López puede estar en el sótano. Es un buen lugar para él, ¿no?

ISABEL - Pero es absurdo ... está la puerta de calle abierta y cualquiera puede entrar.

EMILIA - *(Sarcástica)* Van a empezar a derrumbar esta casa con nosotros adentro.

ISABEL - ¿Qué pudo pasar?

EMILIA - Ya no sirve. Borrón y cuenta nueva. *(Irónica)* Tal vez pongan un juzgado en este lugar para que la Justicia vuelva a reinar en el Infierno.

DELIA - Parece que hubiera una luz allá. ¿La vieron? *(Da unos pasos)* ¡López! ... *(Sale llamándolo)* ¡López! ...

ISABEL - Puede haber salido a hacer una diligencia. Conviene esperar.

EMILIA - Estamos acostumbradas, ¿no?

ISABEL - *(Se sienta junta a ella. Pausa)* Emilia ... ayer cuando escuché la noticia sentí alegría por los otros ... pero no pude salir a la calle a gritar y a abrazarlos ...

EMILIA - Entiendo.

ISABEL - Soy una egoísta, lo sé.

EMILIA - Mi nieto se puso muy mal.

ISABEL - Y Martín ... ¿qué voy a decirle ahora? ¿Qué puedo inventar?

DELIA - *(Entrando)* El Sr. López debe haberse tomado el día libre.

EMILIA - ¿Se estará buscando otro empleo?

DELIA - No estoy para bromas ahora. Vi una lucecita arriba.

ISABEL - ¿Dónde?

DELIA - En el piso de arriba. Alguien puede estar ahí.

EMILIA - ¿Arriba?

DELIA - Hay una escalera en el fondo. Acompañenme. Tenemos que subir a ver.

ISABEL - Si una pudiera recorrer esto sin pensar.

(SALEN. La iluminación cambia. Un silencio. Ahora vuelven las mismas mujeres, pero algunos detalles del vestuario han cambiado. La primera en entrar es Emilia. Tiene el mismo saco, pero además una bufanda gris, que luego se quita y enrolla en sus manos.

Mira hacia todos lados buscando a alguien. Se impacienta como si quisiera ser atendida; al fin decide sentarse en uno de los bancos. Se escucha una máquina de escribir. Emilia se pone algo tensa; la máquina suena cada vez más lejana. Entra Isabel. Camina unos pasos observando el lugar. De pronto descubre a Emilia; le echa una rápida mirada y se sienta. Silencio. Entra Delia, con una cartera muy grande y batón floreado. Murmura algo, pero no le contestan. Toma asiento. Las otras permanecen abstraídas.)

DELIA - *(Sonríe; se decide a romper el fuego)* Creo que escuché una máquina ... ¿y ustedes?

(Las otras no contestan.)

¿Alguna de ustedes vio al señor López? ¿Es alto o bajo? ¿Gordo o flaco?

(Recién ahora las otras la miran y parecen desconcertadas. Delia se da por vencida y decide esperar en silencio. Entra López. Emilia se pone de pie mecánicamente.)

EMILIA - Señor López ... *(Va hacia él.)*

LOPEZ - *(Impersonal)* ¿Están atendidas?

EMILIA - Señor López ...

(López con su tic habitual se arregla el nudo de la corbata. Viste un traje impecable.)

LOPEZ - ¿Nos conocemos?

EMILIA - Suárez. Emilia Lorenzo de Suárez. Usted me tomó los datos hace dos días.

LOPEZ - Se me borraron las caras. Si no consulto el libro ... Perdona, pero no me acuerdo de su caso.

EMILIA - Señor López ... fui a los lugares que usted me indicó pero nadie quiere darme datos.

LOPEZ - ¿Omiten datos?

EMILIA - No, y no digo que los omitan ...

LOPEZ - Si omiten datos debe denunciarlo. Usted tiene derecho a solicitar información y debe suministrársele en forma concreta y exacta.

EMILIA - Estoy cansada, señor López. Voy de acá para allá y nadie me dice nada. No está en ningún cuartel, tampoco en el Penal. Alguien me dijo que pasó a la Argentina, pero yo ...

LOPEZ - ¿Se comunicó con las autoridades argentinas?

EMILIA - Yo hablé con todos ... con todos.

LOPEZ - Se esconden. Es difícil encontrarlos.

EMILIA - No tiene por qué esconderse. El no tiene por qué.

LOPEZ - ¿No?

EMILIA - No.
(Un silencio.)
 - No pienso moverme de aquí. *(Va a su lugar, murmurando. El señor López mueve la cabeza, fastidiado. Las otras dos mujeres se han puesto de pie. Van hacia él. Isabel no se atreve a hablar.)*

DELIA - López. Escuche, López ...

LOPEZ - *(Va a salir pero se detiene; la observa con curiosidad)* Tengo que hacer algo adentro.

DELIA - Espere. ¿Usted no es López Caviglia? ¿Daniel López Caviglia?

LOPEZ - *(Algo impaciente. Respira)* ¿A quién busca, señora?

DELIA - Espere. ¿Usted no fue a la Escuela Venezuela? No me diga que no. *(Sonríe. Vuelve al ataque)* Vamos, ¡a que estábamos en sexto en 1940, con aquella dulzura de Chela! ¡Qué maestra! Ya no quedan así.

LOPEZ - No fui a la Escuela Venezuela.

DELIA - ¡No puede ser! Es igualito a Danielito López Caviglia.

LOPEZ - Y no soy López Caviglia, sino López Iribarne.

DELIA - Yo tenía una vecina Iribarne, de Salto. ¿Es algo de los Iribarne de Salto?

LOPEZ - No.

DELIA - *(Pierde fuerzas)* Qué lástima ... yo pensé ...
(López se encamina hacia el mutis.)

ISABEL - ¡Señor! ...
(López desaparece rápidamente.)

DELIA - Habrá que decirle López Iribarne. No hace caso si lo llaman por un solo apellido.

(Isabel se sienta disgustada. Un silencio. Ahora baja la cabeza. Emilia la observa.)

EMILIA - No se disguste. Es peor.
(Por primera vez las miradas de las dos se encuentran.)

DELIA - *(Reflexiona, en voz alta)* Yo pensé que si era Danielito López Caviglia tendría la mitad del camino allanado. Hay algo que une a los que fueron a la misma

escuela, ¿verdad? Cuando yo estaba gestionando la pensión de mi padre, me encontré con Jorgito Rossi, convertido en Jefe de no sé qué sección, allá en la Caja. Fue mi salvación. La pensión salió enseguida, aunque me costó un poco cara. Tuve que mandarle una botella de whisky y además darle unos pesos para que repartiera entre los que movían el expediente. El caso es que la pensión salió. Cuando una encuentra un conocido ... es una puerta que se abre.

EMILIA - *(Levanta los ojos, la mira)* ¿Usted cree eso?

ISABEL - A mí me citaron.

DELIA - ¿La citaron?

ISABEL - *(Muestra un papel)* Tendrían que atenderme porque ... yo estoy citada.

EMILIA - No se haga ilusiones.

ISABEL - ¿Por qué?

EMILIA - ¿Qué le parece? Míreme un poco. Hace meses que voy de un lado a otro. Yo nunca creí que fuera tan difícil buscar. Pero hay que buscar a alguien en este país para saber ...

DELIA - Cuando una tiene un conocido no la hacen esperar así.

EMILIA - Hay que insistir.

(Las tres se miran. Un silencio. Emilia queda absorta, con los ojos en el vacío. Isabel abre la cartera y se mira rápidamente en un espejito que vuelve a guardar con aire culpable. Delia saca de la cartera un frasco de homeopatía y toma unas grageas. Un largo silencio.)

DELIA - A mí me dan palpitaciones ... estas cosas me ponen muy nerviosa y algo acá me hace pam, pam, pam ... pero la homeopatía hace milagros. No es que yo sea atrasada, pero a los médicos les desconfío ... ¡y eso que ahora hasta pueden meterla a una en una computadora!

ISABEL - *(Casi para sí)* Pone nerviosa esperar.

DELIA - ¡Si pondrá! ¡Y las amansadoras que una ya tiene hechas! Pero no amansan, ¿verdad? Una se vuelve más loca. *(A Emilia)* ¿Usted qué opina, señora?

EMILIA - Lo mismo.

(Un silencio. Delia golpea con el pie en el suelo. Vuelve a hablar.)

DELIA - ¿Ustedes tienen abogado?

ISABEL - ¿Usted no? Yo puedo recomendarle uno.

EMILIA - No los dejan hacer mucho, ¿entiende?

DELIA - Claro que entiendo. Me costó un triunfo conseguir uno ... pero al final lo conseguí. Parece que se cuentan con los dedos de una mano los que se ocupan de estos asuntos ... políticos.

ISABEL - Hay muy pocos, porque muchos tuvieron que irse.

EMILIA - *(Muy bajo)* Y a los que se quedan, los amenazan.

DELIA - Schss ... pueden oírla.

EMILIA - A nosotras no nos quieren, ¿no le parece? Si no, ya estaríamos adentro.

DELIA - *(Bajito)* Dicen que al final terminan acusando a ellos de subversivos.

EMILIA - ¿A quiénes?

DELIA - A los abogados, ¿de quién estábamos hablando?!

EMILIA - Ah, sí, claro. Es increíble a lo que hemos llegado.

ISABEL - Y no estamos soñando, ¿vivo? Eso es lo peor.

EMILIA - Pensar que cuando miramos hacia atrás ...

DELIA - ¡Dios mío! Ya ni me acuerdo cómo llegué aquí ...

EMILIA - Caminamos tanto ...

ISABEL - *(Respira)* Estoy cansada ... *(Casi para sí)* Me canso fácilmente.

DELIA - *(Para sí)* ¡Cuántos papeles, mi Dios! ...

(Un largo silencio. Ahora las tres quedan con las miradas perdidas. Se escuchan voces lejanas que luego se aproximan. Las luces cambian, iluminándose ahora la zona donde transcurrirán las escenas que se evocan, quedando ellas atrás, en una semi-penumbra.)

CECILIA - *(Se escucha su voz afuera)* Mamá ... mamá ...

MARTIN - *(Entrando)* Mamá ...

(Desde su lugar Isabel observa a Martín. Lo mismo hará Delia cuando entre Cecilia.)

MARTIN - Voy a escribirle una carta. ¿Cómo puedo empezar?

(Martín se sienta en el suelo con un papel y un bolígrafo. Piensa. Cecilia entra con una carta en la mano.)

CECILIA - Mamá ... recibí una carta de Suecia. Susana está allí, sana y salva.

DELIA - *(Desde su lugar)* Gracias a Dios.

CECILIA - Extraña mucho, pero está bien. Hay muchos uruguayos allá y los fines de semana se reúnen para charlar. A veces se entretienen recordando el barrio en que vivió cada uno ...

DELIA - *(Se pone de pie, va hacia ella)* Leé pronto esa carta que ya no aguanto más.

MARTIN - *(Mientras escribe)* Montevideo, 24 de febrero de ...

ISABEL - *(Para sí)* ¿Te trasladaron, Diego? ¿Es cierto que te trasladaron?

MARTIN - Querido papá ...

DELIA - Vamos, ¿qué esperás? Leé.

CECILIA - ¡Escribe con unos garabatos! Pero escuchá; no cambió nada. Me llama “loquita” como antes.

DELIA - Si supiera que estás peor y que ya nadie puede manejarlo.

MARTIN - Querido papá, dos puntos. ¿Y después qué pongo?

ISABEL - Lo que quieras.

CECILIA - Escuchá. *(Lee)* Loquita mía: quisiera estar ahí, pero eso es imposible. No hago más que recordar la barra y las salidas de los sábados ... y aquellas tardes de Parque Rodó, lanchitas y pizza. No sabés cómo extraño todo eso. El Parque Rodó se transformó en un paraíso.

MARTIN - ¿Le digo que quiero ir al Parque Rodó? ¿Qué todavía me acuerdo de aquella vez que subimos a los aviones?

CECILIA - Escuchá. Dice: tomo mate yo que nunca tomaba, pero me cuesta mucho conseguir yerba porque los uruguayos la guardan como si fuera un tesoro.
(Intercambia sonrisas con la madre.)

DELIA - Podríamos mandarle, ¿no?

CECILIA - ¿Cómo? ¿Pensás que va a llegar?

DELIA - ¿Ya empezás con tus cosas?

DELIA - Ah, ¿no?

CECILIA - Claro que no. Vivís encerrada en la cocina.

DELIA - Y me chupo el dedo.

CECILIA - No, pero te hacés trampas.

DELIA - ¿Por qué?

CECILIA - Creés que Susana está allí porque se metió en lo que no debía. Lo dijiste ayer.

DELIA - ¿Vas a empezar?

CECILIA - ¿Qué vas a hacer cuando las cosas lleguen a vos que nunca te metiste?

DELIA - (*Sarcástica*) Encerrarme en la cocina. Ese es mi lugar, ¿no? (*Se dirige hacia el banco.*)

CECILIA - ¿No querés oír el final?

DELIA - (*Enojada*) ¿Para qué? Saludos de mi parte si le contestás.

(Delia toma asiento. Cecilia mira la carta y parece meditar. Luego se sienta en el suelo, frente a Martín, y continúa leyéndola. Están juntos pero no se ven.)

MARTIN - Yo quería comer aquel algodón rosado, esa cosa de azúcar, ¿te acordás? (*Mira hacia el lugar de Isabel*) Pero él nunca quería comprármelo ... y no era por no gastar. Pero un día le grité y estuve mal. Creo que tendría que explicarle ... Voy a explicarle, ¿no te parece? (*Sin esperar la respuesta de Isabel se pone a escribir.*)

CECILIA - No te escondas. Aquí habla de papá. Escuchá. Dice que hizo bien en irse. (*Se vuelve, buscando a Delia*) Mamá ... ¿estás ahí? (*Se pone de pie y sale. Un silencio. Martín sigue escribiendo, murmurando mientras lo hace. Emilia mira largamente a Martín. Desde su lugar, comienza a hablar.*)

EMILIA - Un día mi nieto estaba escribiéndole. Pobre Hugo, creo que nunca recibió esa carta. Yo miraba al nene y no quería interrumpirlo. Parecía un hombre, ahí, escribiéndole al padre ... con la misma cara del padre. Él se había asustado mucho cuando se lo llevaron. Estaba dibujando algo, sentado en el suelo, cuando oyó los gritos de Hugo y salió corriendo ...

(Martín se pone de pie. Isabel va hacia él.)

ISABEL - ¿Qué te pasa? ¿Qué tenés?

MARTIN - No sé qué poner. No quiero escribir más.

(Deja la hoja, va a salir y Emilia le intercepta el paso. Isabel vuelve a su lugar.)

EMILIA - ¿Adónde vas?

MARTIN - (*Forcejea para escaparse*) ¡Se lo llevan! ¿No oís?!

EMILIA - ¡No vayas!

(Martín forcejea y se escapa. Emilia respira, agotada. Se queda en medio del escenario sin saber qué hacer. Balbucea.)

EMILIA - Se escapó ... y no pude evitar que viera todo. Yo creo que ahí empezó a tener miedo. Se asustó, creo. Y nadie es bueno si está asustado. Eso decía Hugo, antes de que mi nieto conociera el miedo. Un día estaba allí, con su pelota ... y yo me puse a gritar ...

(Ha vuelto a entrar Martín. Pica la pelota.)

¡Basta! Terminala de una vez, Hugo. ¿Cuántas veces tengo que decirte lo mismo? Ayer el vidrio de doña Sara y hoy ... ¿qué? Va a aplastarte un auto si seguís jugando ahí, en la calle. ¿Ya empezaste a juntar dinero para el vidrio roto?

MARTIN - No.

EMILIA - Te lo gastás en caramelos, ¿eh? A Dios no le gustan las cosas sucias, Hugo.

MARTIN - ¿Querés asustarme? ¿Inventaste a Dios para que me porte bien?

EMILIA - Yo no lo inventé. ¡Existe! Y El dice que hay que portarse muy bien y ser generoso con todos, con los amigos y con los que apenas conocemos, ¿sabés?

MARTIN - ¿Y El también dice que tengo que repartir mis caramelos?

EMILIA - Sí, Jesús compartía sus cosas con los demás.

MARTIN - Era un gran tipo ... pero yo no pienso hacerle caso.

EMILIA - Tenés que hacerlo ... preguntale al dentista, si no.

MARTIN - ¿Me duelen los dientes si no convido?

EMILIA - Sí.

MARTIN - Mentirosa. *(Sale jugando con la pelota.)*

EMILIA - ¿Me equivoqué al pedirte que compartieras tus revistas o tus caramelos? A veces pienso que tengo la culpa, porque yo te hice más solidario que los otros muchachos, porque yo te repetía que el mundo no es una lucha para tener cada uno lo mejor ...

(Entra Diego con algunas hojas escritas a máquina en la mano. Habla como si Isabel estuviera en algún lugar no muy cerca. Revisa las hojas y tacha algunas palabras mientras habla.)

DIEGO - ¡La solidaridad! *(Irónico)* ¿Sabés quiénes están cada vez más solidarios? ¡Los agentes represivos! ¿Cómo suena la palabra “agente”? Mal, ya sé. Pero no sé cuál usar. Todos reprimen. La policía, el ejército, los parapoliciales. Están en pleno idilio los nuestros y los argentinos. Debería escribir un artículo sobre eso ... y publicarlo en Africa, claro. ¿Estás ahí, Isabel? Hace calor. ¿Por qué no me preparás un jugo de naranja?

ISABEL - *(Desde su lugar)* Hablá más bajo, vas a despertar a Martín.

DIEGO - ¿Te acordás de Alicia? Empezó a trabajar en una compañía de seguros en Buenos Aires ... pero la semana pasada fue a visitar a una amiga. ¡Bendita ocurrencia! Se encontró con que habían armado una ratonera en el apartamento de la amiga. Estaba todo dado vuelta, en desorden. Tuvo que presentar sus documentos –que estaban en regla– pero no la dejaron ir. Se la llevaron ... y no sabemos adónde. Alicia tiene un novio allá; es periodista. El tipo está desesperado pero no sé si le conviene insistir mucho. El caso es que el asunto de Alicia destapó otros secuestros similares y me gustaría conseguir más información. *(Pausa)* ¿Te quedaste muda? *(Molesto)* Está bien. Voy a terminar mi artículo sobre jubilaciones. *(Sale.)*

(Silencio. Las tres están quietas, en sus lugares. Se escuchan sonidos de pasos a primer plano. Voces de hombres que dan algunas órdenes mezcladas con murmullos.)

Voz de ISABEL - *(GRABADA)* Escuchen: ya alborotaron a los vecinos y ahora van a despertar a mi hijo. Diego no está, ¿entienden? Se fue de casa. No sigan haciendo ruido, no revuelvan más.

(Los pasos se alejan diluyéndose. Nuevo silencio. Ahora se escucha lejana una máquina de escribir. El tecleo se esfumará durante el parlamento que sigue.)

ISABEL - Antes de nacer Martín no tenía miedo. Me sentía libre. Corría con Diego de un lado a otro. No parábamos en casa. Claro, Martín nació con el golpe y yo empecé a sentirme cada vez más encerrada. ¿O es que me costó aprender a portarme como una madre? No sé ... algo pasaba. Olvidaba las mamaderas afuera de la heladera y se ponían agrias. No soportaba su llanto. Muchas

veces tuve ganas de huir y dejarlo llorar hasta que se agotara. Me ponía cada vez más nerviosa. Tenía el pensamiento afuera. Dónde está Diego, pensaba. ¿Redactando acusaciones? ¿Acusando hasta el suicidio?

(Va hacia Diego que entra con la pequeña valija que contiene su máquina de escribir y algunas carpetas.)

DIEGO - ¿Qué decís? ¿Redactando qué? *(Ríe)* No hagas chistes. ¿Quién va a publicar mis artículos, a ver? Estamos mudos, Isabel. Estamos mudos.

ISABEL - Para qué me preocupo, ¿verdad?

DIEGO - Eso mismo digo.

ISABEL - No. Siempre decís que no te quedaste para cerrar la boca.

DIEGO - Puedo abrir la boca en el exterior. ¿No pensás que sería bien recibida toda esta información?

ISABEL - ¿Y cómo harías?

DIEGO - Puedo hacerla publicar con seudónimo ... o sin firma.

ISABEL - ¿Cómo sos tan infantil?

DIEGO - ¿Y por qué sos tan complicada?

ISABEL - *(Muy seria)* No me parece prudente que intentes publicar esos artículos afuera, ni siquiera en la Argentina. Diego ... no creo que debas volver a Buenos Aires.

DIEGO - ¿Y ahora?

ISABEL - Vos mismo decís que la represión está creciendo.

DIEGO - *(Sonríe)* ¿Qué debo hacer?

ISABEL - *(Lo rodea con los brazos)* Quedarte aquí, con tu hijo y conmigo.

DIEGO - Prometo llevarte a bailar apenas vuelva. Vamos a tener nuestra gran noche, amor. *(La abraza y la acompaña hasta su lugar. Allí se despide con un beso.)*

ISABEL - *(Para sí)* Tengo miedo ...

(Entra Cecilia con un bolso. Mira hacia donde está Delia.)

CECILIA - Miedosa.

DELIA - *(Va hacia ella)* Cecilia, ¿adónde vas?

CECILIA - No sé.

DELIA - ¿Qué querés hacer conmigo? Dejás de estudiar y ahora te vas. ¿Qué pensás hacer lejos de esta casa?

CECILIA - Más vale que no te lo diga.

DELIA - ¿Por qué?

CECILIA - *(Con cierta burla)* Podés morirte ... de un infarto.

DELIA - *(Pausa. La mira.)* ¿Te vas con él?

CECILIA - ¿Con quién?

DELIA - Con Mauro. Se llama Mauro, ¿verdad?

CECILIA - ¿A qué se debe esta fantasía?

DELIA - Claro, yo imagino cosas todo el tiempo. Mauro es un buen amigo, nada más.

CECILIA - Llegó hace una semana de Buenos Aires. No hubo tiempo para que se convirtiera en otra cosa.

DELIA - No me gusta, ¿sabés? Aparece como un fantasma cuando una menos lo espera.

CECILIA - Muy bien, podés decirle tu opinión cuando lo veas. Yo me voy al apartamento de Graciela.

DELIA - ¿No podés esperar? Yo creo que todo va a volver a ordenarse apenas tu padre vuelva de Australia.

CECILIA - ¿Cómo? ¿Va a regresar con una varita mágica?

DELIA - Va a volver con plata y la plata hace milagros.

CECILIA - Apenas nos alcanza para vivir con sus giros.

DELIA - Ahora. Pronto todo va a cambiar. Le ofrecieron un cargo de supervisor de no sé qué por más dinero.

CECILIA - Sos optimista.

DELIA - No puedo pensar lo peor. Me moriría.

CECILIA - ¿Qué querés que se ordene? ¿Tu mundo? Papá llega y todo vuelve a su lugar, ¿eh? Vos te dedicás a prepararle sus platos preferidos y los raviolos caseros los domingos ... ¿y qué más? Ah, sí, yo salgo de esta casa legalmente, con libreta de casamiento o algo así. Salgo para cocinarle a algún tipo de traje y corbata, con patente de serio. ¿Ese es el orden que buscás?

DELIA - *(Sonríe, satisfecha)* Sí, todo en su sitio, nada más.

CECILIA - *(Recorre al absurdo para agredirla)* ¿Y si papá se enamora de una cangura?

DELIA - ¿Qué decís?

CECILIA - Jamás puede adivinarse lo que hace un hombre con su sexo, allá, en Australia.

DELIA - *(Apenas repuesta)* No hagas chistes ... idiotas.

(Cecilia sale apresuradamente. Se cruza con Diego que va hacia el lateral opuesto y de espaldas al público, parece hablar por teléfono. Delia regresa a su lugar.)

DIEGO - ¡Hola! ¿Isabel? ¿Me escuchás?

EMILIA - ¿Hugo? Hablá más fuerte. ¿Dónde estás?

ISABEL - No te oigo bien.

DIEGO - Isabel ... me dijeron que van a visitar el barrio.

EMILIA - ¿No venís a dormir?

ISABEL - ¿Una visita? ¿De quién?

DIEGO - Una operación rastrillo, ¿entendés?

ISABEL - Sí, entiendo.

EMILIA - Está muy frío. ¿Llevaste abrigo?

DIEGO - Esperá. Hay algo más. No cortes. Si podés ... acomodá mis libros.

ISABEL - De acuerdo.

EMILIA - Muy bien. No te preocupes. Aquí todo marcha bien. Quedate tranquilo. Hasta mañana, Hugo.

(Diego sale.)

ISABEL - *(Al público)* Ninguno de los dos queríamos problemas, por eso cuando Diego llegó seguimos quemando juntos revistas y libros. Tenía una barriga enorme y apenas me podía mover porque ya estaba por nacer Martín. Siempre recuerdo ese día, porque jamás pudimos imaginar que íbamos a destruir nuestros libros, los libros que habíamos elegido para tener en nuestra biblioteca.

(La luz baja. Un cenital sobre Emilia.)

EMILIA - Hugo, ¿sos vos? *(Levanta la cabeza)* No estoy dormida. Estaba leyendo.

(Martín ha entrado. La observa.)

- Sentate. *(Martín se sienta a su lado en el banco, de espaldas al público.)*

(Dialogan sin mirarse) No quieras rezongarme, porque no me duelen los ojos.

MARTIN - Deberías prender una luz.

EMILIA - Estoy bien así.

MARTIN - ¿Qué te pasa?

EMILIA - Nada.

MARTIN - ¿Te molesta que llegue a esta hora?

EMILIA - Me inquieta.

MARTIN - No soy un niño.

EMILIA - ¿No?

MARTIN - Tengo más de 20 años, mamá. Ya no tenés que cuidarme.

EMILIA - Para mí todavía sos aquel chiquilín que jugaba a la pelota, ahí, en la puerta de casa.

MARTIN - No podés verme así.

EMILIA - Estoy loca, ¿no? ¿Quién me manda a esperarte aquí? *(Se pone de pie. Se lleva la mano a la cintura)* Me duele la columna. Achaques, nada más. Me gusta leer. Yo creo que también me hubiera gustado estudiar algo relacionado con las letras, ¿sabés? Pero no historia, como vos. La historia me pone triste. *(Se queja apenas)* Un poquito de dolor aquí ... pero yo voy bien, Hugo, ¿y vos? Estás tan poco en casa. Elena se me apareció dos veces; quería verte. Yo creo que vas a aburrirla. Si siguen las asambleas en esa fábrica no vas a terminar nunca tu profesorado y vas a perder la novia. *(Pausa)* Ya sé que te necesitan. Querés entenderlos y ayudarlos, ¿verdad? Me siento egoísta pidiéndote que te ocupes un poco más de tus estudios pero ... *(Respira)* Vas a tener que quererte un poco más. Me parece algo tarde para enseñártelo, ¿no? *(Martín se pone de pie. Emilia besa la punta de los dedos de su propia mano. Martín sale.)* Que duermas bien, Hugo. *(Vuelve al banco. Se sienta. Transición)* Hugo era un hombre bueno y sensible. Me angustió leer en los diarios que era un terrorista inhumano. ¿Cómo pudieron mentir así? Él me decía: es difícil, mamá, llegar a entender que podemos cambiar el mundo, pero apenas lo descubrimos, nos sentimos llenos de fuerza y empezamos a tratar de cambiarlo.

(Mauro ha introducido una pequeña mesa con rueditas sobre la que hay una máquina de escribir. Arrima una silla. También ha entrado Cecilia con otra silla en la cual se sienta para escribir sobre una carpeta. Emilia dirá su carta desde el banco. Mauro está frente a la máquina, pensativo.)

MAURO - No sé cómo explicarte, pero algo tengo que hacer. Muchas veces me digo que mi misión es escribir y denunciar, pero ya no podía hacerlo desde Buenos Aires. Ahora estoy en Montevideo. Como sabrás, aquí también la represión crece.

CECILIA - Querida Susana: aquí todo está mal. En este país de viejos los jóvenes ya no tenemos lugar ...

EMILIA - Querido Hugo: no te quedes en Buenos Aires. Volvé ya. No pierdas un solo minuto. Después de los asesinatos de Michelini y Gutiérrez Ruiz empecé a sentir mucho miedo ...

CECILIA - ... no voy a mentirte, yo no elegí quedarme. Estoy aquí, simplemente, porque no puedo irme.

MAURO - Aquí, en Montevideo, descubrí una juventud sin horizontes que cuestiona un sistema de enseñanza destrozado ...

CECILIA -... los que pueden se van y buscan una salida en otros lugares ...

MAURO - Muchos uruguayos venden todo y emigran. Buscan una salida en lugares donde pueden mantener el nivel de vida que hoy se pierde ...

CECILIA - ... muchos saben que por su ideología no van a volver a conseguir trabajo ...

EMILIA - Por favor, Hugo. Yo no te sobrevaloro. No te comparo con nuestros desdichados políticos, pero creo que allí ya no hay garantías. Tenés que volver.

(Delia entra en la zona de luz y se dirige a Cecilia.)

DELIA - Volviste, ¿eh? Ya sabía que no ibas a poder mantenerte sola. Estás mal acostumbrada. *(Pausa)* ¿Qué hacías acá, encerrada?

CECILIA - *(La mira. Arruga el papel lentamente)* Escribía cartas que no pueden mandarse.

(Las luces decrecen hasta la oscuridad. Sube el sonido con el tecleo de la máquina y comienza a esfumarse cuando las luces caen sobre Diego, que está ocupando el lugar de Mauro. Emilia, de pie, junto a él.)

EMILIA - Desde que enviudé me dediqué sólo a Hugo. Hice de todo para que no dejara de estudiar. Cosí para afuera, después hice trámites para un abogado, qué sé yo. Él se puso a trabajar, para ayudarme. Igual terminó su profesorado de Historia, pero no pudo ejercer y siguió en la fábrica. Se fue a Buenos Aires, pero se quedó poco, porque yo le pedí que volviera. Pensaba que aquí no iba a pasarle nada. Pero una noche de julio del 76, lo vinieron a buscar. Creía que en casa estaba protegido, y ya ve, me lo sacaron de ahí. Mi nieto estaba dibujando, me acuerdo bien ... Después de ese día no volví a verlo. A Elena, mi nuera, la interrogaron durante una semana y salió muy mal. Ella ahora se queda en casa, con mi nieto, y yo voy por todos lados, preguntando. Recién,

cuando pasé por la puerta del Diario me dije: ¿y si les cuento a ellos lo de Hugo? ¿Y si se animan a publicarlo?

DIEGO - No puedo atenderla aquí, en la redacción, pero podríamos charlar en el bar de abajo.

EMILIA - ¿No puede publicarlo?

DIEGO - *(Más bajo)* Escuche, señora, todo lo que usted diga va a ser publicado ... no sé si aquí, pero le aseguro que en algún lugar va a publicarse.

EMILIA - *(Pausa. Lo mira.)* ¿Sabe una cosa? Le creo. Lo espero abajo.

(Emilia vuelve a su lugar. Diego queda sentado junto a la máquina. Se lleva una mano a la frente, con aire preocupado. Lee lo que ha escrito. Luego se acerca Isabel.)

DIEGO - *(Lee)* El secuestro permite mantener a la víctima durante un período muy largo aislada de todo contacto con el mundo exterior, privada de defensa y fuera de control judicial o institucional. Se posibilita así la aplicación ilimitada de la tortura física y moral durante los interrogatorios, lo cual permite a su vez fabricar información. En el marco del secuestro, cualquier persona puede ser forzada a suministrar multitud de datos, ya sean estos reales o sugeridos por los interrogadores, datos que serán luego utilizados por los especialistas en inteligencia en forma totalmente arbitraria. *(Silencio. Frunce el ceño. Relee.)*

ISABEL - ¿Qué te pasa?

DIEGO - Pensaba en Alicia.

ISABEL - ¿Ese es el resultado de tu viaje?

DIEGO - Quisiera cambiar los hechos, pero ...

ISABEL - No podés, ya sé.

DIEGO - No puedo, y me da bronca.

ISABEL - No debiste viajar a Buenos Aires.

DIEGO - ¿Era mejor seguir haciendo como el avestruz?

ISABEL - ¿Qué ganaste?

DIEGO - La secuestraron, ¿entendés? La torturaron y después la cargaron con otros en un camión que los llevó hasta Aeroparque. Los trajeron aquí, de contrabando, como si fueran ganado. *(Pausa)* Está aquí, en Montevideo, ¿te das cuenta? Dicen que hay una casa en Punta Gorda y que está ahí, con los demás.

ISABEL - Por favor, pará. Tenés que parar.

DIEGO - Otra vez el miedo, ¿eh?

ISABEL - (*Angustiada*) Siento que el piso ... se mueve. Empezás a hablar de todo eso y siento ... terror.

DIEGO - (*Trata de sonreír*) Vamos, vamos ... ¿y nuestra gran noche? ¿Te olvidaste de nuestra salida?

ISABEL - No quiero que sigas enviando esas notas al exterior.

DIEGO - Venga para acá, a darle un beso a su amor.

ISABEL - (*Grita*) ¿No me oíste? (*Un silencio. Se miran.*)

DIEGO - (*Cálido*) Por favor, no me contagies tu miedo. (*Nuevo silencio*) ¿Y el beso? (*Isabel se afloja. Ahora obedece como una niña. Lo besa.*)

ISABEL - Gracias ...

DIEGO - ¿Por qué?

ISABEL - Por no perder la paciencia.

DIEGO - De nada. Ahora vaya a llamar a su vieja y dígame que venga a quedarse esta noche con Martín.

ISABEL - Antes deberíamos ordenar esto. Después te enojás si alguien toca tus cosas.

DIEGO - Muy bien, pero enseguida la llamás, ¿eh? Necesitamos irnos de farra. (*Diego desliza la mesita con la máquina fuera del escenario; Isabel retira la silla.*)

DELIA - (*Viene hacia el centro con una carta*) ¿A qué no sabés de quién tenemos carta? De papá. (*Ha entrado Cecilia; la noticia no la conmueve.*)
Al fin escribió. Yo ya pensaba que se había olvidado de nosotros. (*Lee*) Querida Delia: ¿cómo la están pasando? (*Suspira*) ¡Ah, si supiera! Más vale que no le escriba contándole cómo.

CECILIA - (*Abruptamente*) ¿Te acordás de Alicia? Mauro dice que la torturaron en Buenos Aires.

DELIA - (*Intenta disimular la sorpresa*) Pero, ¿qué decís?

CECILIA - La trajeron aquí ahora.

DELIA - ¿Pero qué dice ese muchacho? ¿Alicia está presa?

CECILIA - Sí, presa ... o algo peor.

DELIA - ¿Pero qué hizo?

CECILIA - ¿Pensás que hizo algo malo?

DELIA - A nadie van a meter preso porque sí.

CECILIA - Es un infierno allá. La gente desaparece.

DELIA - ¡Novelas! Todo el mundo hace novelas. Por algo los teleteatros vienen de allá.
(*Va a su lugar; se pone a leer la carta*) Pero escuchá. Te manda un regalo: una calculadora y una lapicera con reloj. ¡Qué hombre!

CECILIA - (*Se vuelve hacia Mauro que entra*) Mamá dice que todo es mentira. Vive así, negando, para no morir de miedo.

MAURO - Y eso te enfurece, ¿no?

CECILIA - Y también me desanima; me pone triste.

MAURO - Bueno, yo también me sentía así cuando conversaba con la gente allá, en pleno Buenos Aires.

CECILIA - ¿Se engañan?

MAURO - Al principio nadie creía en las denuncias.

CECILIA - Creo que nos defendemos así, engañándonos.

MAURO - Nadie creía, ¿sabés? Eso no podía pasarnos; no puede ocurrir entre nosotros, decíamos. Somos gente honesta y queremos lo mejor. Así, cuando alguien era detenido todos esperábamos el anuncio oficial y, a veces, ese anuncio no llegaba nunca. Un día se llevaron a una chica de dieciséis años que vivía frente a mi casa ... ¿Y qué hice? Me puse a esperar y a buscar su nombre en el diario. ¿Cómo podía imaginar que la fusilarían si ni siquiera tenía edad para ser procesada?

CECILIA - Mamá justifica la prisión inventando culpas. Creo que es como toda esa gente que se tranquiliza pensando que nada puede pasarle.

MAURO - (*Respira*) Aquí y allá el mismo miedo. Perdemos tiempo engañándonos. Esperamos que los detenidos se incluyan en alguna lista oficial y después de un tiempo ya es muy difícil volver a verlos con vida.

CECILIA - ¿Y qué pensás hacer para combatir a los incrédulos?

MAURO - Colocar mis trabajos. Me contacté con un semanario, ¿sabés? Pienso pasarle mi información sobre la represión paralela. Muy pocos conocen el horror de lo que pasó en los campos de prisioneros.

CECILIA - ¿Creés que esos informes pueden publicarse?

MAURO - No sé. Creo que a medida que avancen las negociaciones habrá más posibilidades. Mientras tanto voy a seguir ayudándolos.

CECILIA - Yo también quiero ayudar.

MAURO - *(Sonríe)* Muy bien. Hoy llega una compañera de Alicia. Pensaba ubicarla en un hotel del centro pero me parece menos riesgoso llevarla a otro lugar. ¿Qué tal el apartamento de Graciela?

CECILIA - Perfecto. La conozco bien y ella nunca se negaría. Yo me encargo de hablarle.
(Salen juntos. Se acerca Delia con la carta.)

DELIA - Pero no es fantástico que papá ... *(Se detiene. Mira hacia el lugar por donde salieron Cecilia y Mauro)* pero ¿con quién se va? *(Da unos pasos, curiosa)*
¿Con el fantasma de la ópera se va? *(Sale tras ellos)* ¡Cecilia! ... ¿Te vas sin despedirte?

(Música de "boite". Las luces cambian. En el fondo, sentada, Emilia. Delante, bailando, Isabel y Diego. Hablan mientras bailan algo lento.)

DIEGO - Todo llega. ¿Qué tal el lugar?

ISABEL - Me gusta. Me hace acordar al lugar en que se flecharon Ingrid Bergman y Humphrey Bogart en "Casablanca".

DIEGO - ¿Tan bien elegí?
(Ahora bailan muy juntos, sin hablar.)

ISABEL - Me gusta tu forma de bailar.

DIEGO - No me engañes. Siempre supe que podía apretar bien, nada más.

ISABEL - *(Contiene la risa)* ¿Te parece poco?

DIEGO - No. Ahora que estás conmigo, no.

ISABEL - ¿Por qué nos volvimos tan poco románticos?

DIEGO - *(Susurra)* Flota otra cosa en el ambiente, creo.

ISABEL - ¿Qué flota?

DIEGO - *(Susurra)* Una cama.

(Siguen bailando un momento más y luego salen de escena, bailando. La música queda de fondo. Entra Mauro. Descubre a Emilia y va hasta ella. Se sienta a su lado.)

MAURO - ¡Hola!

EMILIA - Usted es ... ¿Mauro?

MAURO - Sí ... Y usted es la mamá de Hugo.
(Sonríen y se dan la mano.)

EMILIA - ¡Qué lugar! Esta música no es para mí.

MAURO - Elegí bien, ¿eh? Un lugar insospechable.

EMILIA - Es cierto. Quién iba a pensar que yo entraría aquí.

MAURO - La verdad es que está cerca de donde yo estoy parando.

EMILIA - (*Pausa. Lo mira*) Sos joven. Por teléfono te imaginé mayor, con más años ... con barriga o algo así.

MAURO - (*Bromea*) Hago voces ... voces de señores con barriga. En una época quería ser actor.

EMILIA - Hugo tenía más o menos tu edad cuando entró en la fábrica.

MAURO - ¿Sí?

EMILIA - Pero contame. Desde que me llamaste estoy en el aire. Dijiste que tenías noticias.

MAURO - Yo no estuve con Hugo, pero una compañera me dio la información. Ella vino hace un par de días de Buenos Aires.

EMILIA - ¿Lo vio?

MAURO - Sí.

EMILIA - ¿Confían en ella?

MAURO - Sí.

EMILIA - ¿Dónde estuvo con Hugo?

MAURO - En una casa vieja del barrio Las Flores.

EMILIA - ¿En Buenos Aires?

MAURO - Sí, la llevaron allí encapuchada.

EMILIA - (*Desconcertada*) ¿Estuvo detenida con Hugo y está en libertad? ¿Por qué?

MAURO - No tiene lógica, ya sé. Pero estuvo ahí, en un colchón, al lado de Hugo. El día que llegó Hugo había sido sometido a un interrogatorio con torturas y ella quiso darle de beber. Hugo rechazó el vaso con agua que ella le alcanzaba, tirándolo al suelo. Al otro día, ella se enteró que no se puede tomar agua después de una sesión de picana porque el cuerpo queda electrificado y puede producirse un paro cardíaco. Se lo dijo el propio Hugo.

EMILIA - (*Para sí*) ¡Dios! Aun así quería vivir.

MAURO - Ella habló con Hugo durante esos días.

EMILIA - ¿Él le dijo algo importante?

MAURO - No; a veces le daba ánimo.

EMILIA - ¿Sufría mucho?

MAURO - No, ya no. Habían dejado de torturarlo.

EMILIA - ¿Es seguro que está ahí, en esa casa?

MAURO - No. Cuando la soltaron iban a trasladar a Hugo a otro lugar.

EMILIA - (*Confusa*) Así que lo llevaron a Buenos Aires. ¿Por qué? Lo detuvieron aquí, lo sacaron de una casa una noche.

MAURO - Lo sé.

EMILIA - ¿Entonces?

MAURO - Me hago la misma pregunta. No sé por qué lo trasladaron. Habitualmente los entran aquí desde allá, sin legalizarlos.

EMILIA - (*Para sí*) Si todavía estuviera vivo ...

MAURO - Creo que debería hacer la denuncia antes las autoridades argentinas.

EMILIA - ¿Pensás que no lo hice? Me cansé de hacer denuncias cada vez que me llegaba la información de que Hugo estaba aquí o allá. Nunca dieron resultado. Hugo desaparecía de todos los lugares. Pero él tiene que estar vivo ... y un día el teléfono va a sonar y yo voy a levantar el tubo y a escuchar su voz ...

MAURO - Creo que ... alguien nos observa.

EMILIA - ¿Quién?

MAURO - ¿Conoce a ese hombre?

EMILIA - (*Se vuelve*) No.

MAURO - ¿Pueden haberla seguido?

EMILIA - No sé.

MAURO - Salgamos de aquí.

EMILIA - (*Pone su mano sobre la de Mauro, deteniéndolo*) Esperá. No sé si vamos a volver a vernos. Gracias.

(*Ahora salen juntos. La música se esfuma. Entran Isabel y Diego.*)

DIEGO - Qué sorpresa, ¿eh?

ISABEL - Sí, pensé que íbamos a volver a casa.

DIEGO - A echar a tu vieja y convertirla en infeliz abuela destituida?

ISABEL - No me gustó que rondaras por Punta Gorda, ¿sabés? Pensé que estabas buscando la casa ésa ... y no me gustó.

DIEGO - Y yo que estaba pensando en el mejor “mueble” ... y realmente, no me acordaba. Por eso daba vueltas con el auto.

ISABEL - Nunca fuimos a los mejores.

DIEGO - Pero ahora estamos casados.

ISABEL - ¿Y si bailamos un poco?

DIEGO - *(Con una risita cómplice)* ¿Sin música?

ISABEL - Quiero olvidarme de todo.

(Bailan, besándose. Entra Cecilia con una carpeta llena de hojas. Se acomoda en el suelo. Enciende un cigarrillo. Isabel y Diego siguen besándose.)

CECILIA - *(Lee)* Unos sesenta compañeros que fueron secuestrados en La Perla tenían edades que oscilaban entre los dieciséis y los dieciocho años. Eran activistas estudiantiles, delegados de colegios secundarios, niños que no entendían a ciencia cierta qué estaba ocurriendo y que en sueños llamaban a sus madres. Una vez, me dijo uno de ellos: “Voy a morir sin haberme enamorado nunca, “sin haber dado nunca un beso a una piba ... debe ser lindo saber cómo es el “amor”. Aún no habían comenzado a vivir y si bien algunos eran lúcidos, la mayoría carecía de conciencia sobre tanto horror. Poseían un mundo infantil que se manifestaba cuando jugaban en las duchas, su momento de máxima libertad. Algunos de los secuestradores no se atrevían a decirles que serían fusilados. Otros, por el contrario, afirmaban que era “mejor matarlos de pichones”. Este grupo de adolescentes estuvo en La Perla entre julio y agosto de 1976. Todos fueron fusilados.

(Entra Mauro, algo agitado.)

MAURO - ¿Qué estás haciendo?

CECILIA - Leyendo tu informe.

MAURO - Sería mejor que te lo llevaras. Voy a darte todos mis papeles, Cecilia, porque aquí corren peligro.

CECILIA - *(Algo alarmada)* ¿Qué pasa?

MAURO - *(Pausa. Respira)* Creo que me están siguiendo.

(Golpes en la puerta. Isabel y Diego, que ya están en el suelo haciéndose el amor, se incorporan. Cecilia se sobresalta.)

ISABEL - ¿Qué es eso?

DIEGO - Alguien golpea.

CECILIA - *(Mientras guarda los papeles)* ¿Qué pasa?

MAURO - Ya es tarde. No vas a poder salvar esos papeles.

(Las luces decrecen hasta la oscuridad. Se escucha en forma muy breve el tecleo de una máquina de escribir.)

(“*Interrogatorios*” – *Las tres en sus lugares, van a contestar, por turno, a interrogadores invisibles. Sobre sus rostros una luz blanca que se apaga y vuelve a encenderse, como la de una linterna. En realidad, ellas están mirando fotos que se proyectan en la cuarta pared –el público– y sus caras registran los reflejos del proyector de diapositivas.*)

ISABEL - No, no lo conozco. (*Vuelve la luz a su rostro*) Tampoco éste es amigo de Diego. No, no. Le digo que no; Diego tiene pocos amigos. (*La luz cambia, y vuelve sobre su rostro*) Son muchos ... no sé si alguno de éstos ... no distingo muy bien las caras. ¿Un asado en un rancho de Santa Lucía? No sé ... creo que alguien del diario tenía un rancho por allí. Se hacían asados en muchos lados al llegar las fiestas. ¿Cómo? ¿Usted sugiere que ese grupo es algo más que un grupo de amigos? (*Balucea*) Usted intenta hacerme ... creer que Diego ... que ellos ... integran una organización subversiva? ¿Eso quiere que crea? ... Es absurdo. No puedo creerlo, ¿entiende? Mi marido es periodista ... y cumple con su oficio, nada más.

EMILIA - (*Luz sobre el rostro*) A ver ... déjeme ver bien. (*Saca los lentes de su cartera. Se los pone*) A ver ... no, nunca traje ese muchacho a casa. (*La luz se apaga*) Ni a ése ni a ese tal Julián ... Sí, ya sé que se cambian el nombre, ya sé toda esa historia. ¿Pero qué piensan? Recién hablaron de una organización sediciosa que desde Europa dirige a gente como Hugo. Bueno, yo no creo que nadie dirija a Hugo, porque jamás aceptó que lo mandaran. Y ese material subversivo –así lo llaman, ¿no?– ese material no estaba en casa. Ustedes no pueden haberlo encontrado en casa porque yo misma había limpiado el cuarto de Hugo, mientras Elena, mi nuera, hacía los mandados. ¿Por qué tratan de enredarme? Vamos, a mí no pueden engañarme como a una chiquilina. Vamos... ¿por qué no me dicen la verdad? ¿Dónde está Hugo? Vamos, díganme de una buena vez dónde está Hugo. (*Se quita los lentes*) ¿Nadie contesta? ¿No van a decírmelo nunca? ¿Nunca?

DELIA - (*Luz sobre el rostro*) Sí, claro que sí. Esa es Susana. ¿Pero de dónde sacaron esa foto? Parece la de los quince, por el vestido, ¿sabe? (*La luz se apaga*) Sí, ella era amiga de Cecilia. Todos tenemos amigos, ¿verdad? ¿Qué puede importarle a usted que una amiga de Cecilia esté en Suecia? ... ¿Qué? ¿Con un pasaporte falso? (*Se le escapa una risita*) Mire, señor, no es tan fácil falsificar

un pasaporte y además ella no se fue de apuro. Planificó su viaje porque quería trabajar en ... *(Asombro)* ¿Cómo? ¿Tareas en Suecia? ¿Qué tipo de tareas? *(Desconcertada)* ¿Susana en Suecia y Cecilia aquí? ¿Eso quiere decir que mi hija fue “adoctrinada” por esa muchacha y al irse ella, Cecilia ocupó su lugar? Mire, señor, mi casa no era una “base de operaciones”. Yo tengo ojos, oídos. ¿Qué piensa, señor? Mi hija protesta, como todos los estudiantes, pero de ahí a que sea “adoctrinada”, como un robot ... Le digo que hay un error. Es muy fácil echarle la culpa a una chiquilina como Cecilia, pero ... *(Molesta y nerviosa, explota)* ¡Le digo que hay un error! No, no sé a quién pudo pasarle esos papeles. ¿Por qué no me dejan verla? Apenas me vea ella va a contármelo todo, sin mentiras, ¿entiende? ¿No puedo verla? *(Parece desfallecer)* ¿La están interrogando? ¿Todavía? *(Más bajo, temerosa)* Mire, señor, yo voy a hablar con mi abogado, porque esto no puede seguir así.

(Las luces cambian. Carta al Juez de las tres, que dirán a coro, “in crescendo”:)

ISABEL - Señor Juez ...

EMILIA - Señor Juez ...

DELIA - Señor Juez ...

EMILIA - Soy ciudadana uruguaya ...

LAS TRES - *(Juntas)* ... y me dirijo a usted para poner en su conocimiento que no recibí respuesta a mi “habeas corpus”, aunque sé por otras personas que salieron en libertad ...

EMILIA - ... que mi hijo aún está allí y por lo tanto le ruego ...

ISABEL - ... que mi esposo se encuentra todavía ahí, por eso le solicito ...

DELIA - ... que mi hija Cecilia sigue allí, por lo tanto, le ruego ...

LAS TRES - *(Juntas)* ... quiera usted poner su buena voluntad en averiguar el motivo por el cual no se le dejó libre.

ISABEL - Isabel Vázquez de Castro.

DELIA - Delia Ramos de Acuña.

EMILIA - Emilia Lorenzo de Suárez.

(OSCURIDAD. Se escucha en forma muy breve el tecleo de una máquina de escribir. Enseguida un cenital cae sobre Martín.)

MARTIN - El tiene un caballo blanco ... y aparece vestido como Sandokan o Marco Polo. Se monta en el caballo y lo hace saludar como los del circo, alzando las dos patas de adelante. El viene, pelea contra todos y gana. Le pega a los bandidos, los arrincona, porque ellos se lo llevaron por pensar, nada más. Mamá dice que a los que se los llevan los ponen en un pozo oscuro y húmedo... pero él hace como el genio de la lámpara de Aladino y vuelve a resucitar. Yo siempre le cuido sus cosas: la máquina de escribir (*Va hacia la máquina*) porque él la usaba como un arma ... disparaba los nombres de los bandidos y nadie los podía borrar después .

ISABEL - (*Desde su lugar*) Martín, ¿estás pronto? Se hace tarde. Vamos ya.
(*Martín va hacia el centro en el mismo momento que lo hace Diego. Quedan uno frente al otro, sin tocarse. Un silencio.*)

DIEGO - Tuviste que caminar mucho para llegar.

MARTIN - Muchas cuadras ... pero yo hago natación. No me canso, ¿sabés? Aprendí a nadar.

DIEGO - ¿Te gusta el club?

MARTIN - Es mejor que acá. Te cuidan para que no te ahogues.

DIEGO - (*Sonríe*) ¿Y los dibujos? No me trajiste ninguno.

MARTIN - No. Eran repetidos. Un hombre con un sol atrás ... un paisaje feo.

DIEGO - ¿Siempre lo mismo?

MARTIN - A veces le ponía al sol la cara del hombre ... pero parecía un dibujo de nene chico.

DIEGO - ¿Te dieron mi último cuento?

MARTIN - ¿El del caballo blanco?

DIEGO - Sí.

MARTIN - Lo rompí. No me gustó. Si el caballo volaba, ¿por qué no voló hasta el cielo? Si se queda en la pradera lo cazan como a un gil. En cambio, en el cielo, puede convertirse en dragón y después bajar.

DIEGO - Voy a escribir un cuento mejor.

MARTIN - ¿Te acordás cuando jugábamos a la pelota en la calle, en la puerta de casa? Cada vez pasan más autos por casa. Cuando vuelvas vamos a tener que ir a jugar a un campito.

DIEGO - Ya es la hora. Decile a Isabel que le mando un beso. Y metele con todo, Martín. No aflojes.

MARTIN - Chau, papá ...

(Martín sale. Diego va a su lugar-celda. Empieza a pensar en Isabel y entonces ella entra como una aparición. Vuelve la música de la "boite" algo distorsionada, sugerentemente onírica.)

DIEGO - *(Para sí)* Isabel ... estás siempre conmigo. La memoria es un milagro. Puedo reconstruirte, puedo crearte. Tu cuerpo me acompaña. Tus ojos, tu voz, tu perfume. Mis poesías más cursis son tuyas, pero no importa ... porque yo te toco, te acaricio, te poseo.

ISABEL - Me decías "amor" y yo nunca podía llamarte así. Me sentía tonta si lo hacía... y te enojabas por eso, ¿te acordás? Un día me preguntaste: ¿por qué no podés llamarme así? ¿Cómo?, pregunté. "Amor", gritaste. Y eso me hizo reír. Y cuanto más reía más te enfurecías. Soy una mujer simple, te dije. Amor es una palabra que se usa en los poemas. Adorado Diego, amor, queridísimo Diego. Hoy lo digo sin motivos. Amor, amor ...

(Diego se incorpora. Parece verla. Ambos se descubren mutuamente, traspasando las barreras imaginarias que los separaban. Se abrazan. Se besan. Bailan y ríen. Salen bailando, felices, mientras la música se apaga. Ahora se escuchan pasos y voces. Una voz masculina interroga: ¿Dónde está? Vamos, conteste. Usted sabe dónde está. Los pasos tapan la voz; se escuchan puertas que se abren y se cierran. Los sonidos se esfuman mientras un cenital ilumina a Cecilia.)

CECILIA - No sé si esta carta va a llegarte, pero igual la escribo porque quiero decirte que ya no tenés que preocuparte por mí. Crecí mucho. Soy otra, mamá. Cuando salga voy a ser capaz de hablarte sin ironías, porque nosotras nunca hablamos y eso nos hizo mucho mal. Decile a papá que yo estoy bien y que cuando él pegue la vuelta voy a estar ya en casa, esperándolo. Si ves a Mauro –que no sé dónde está– decile que me porté bien y que en los malos momentos me acuerdo de sus charlas con otros compañeros –que discutían y salvaban el mundo– y esos recuerdos me empujan y me dan ánimo. Ya no lloro por nada,

como antes. Apenas te dejen visitarme vas a comprobarlo. Tu hija creció. Un beso grande de Cecilia.

(Emilia va al encuentro de Isabel. Las luces se amplían.)

EMILIA - ¡Hola!

ISABEL - Hola.

EMILIA - Parece que le gusta caminar por el parque.

ISABEL - A veces ...

EMILIA - Por suerte hay sol.

ISABEL - *(Con cierta burla)* Sigue saliendo, sí.

EMILIA - ¿Está mejor?

ISABEL - *(Molesta)* ¿Me citó para hablar de mí?

EMILIA - Hay que aprender a controlar esos nervios.

ISABEL - ¿Quería dar un paseo por el parque conmigo?

EMILIA - Vamos a sentarnos, ¿eh? Una vieja como yo, que ya puede estar jubilada y dándole de comer a las palomitas, mientras conversa con una chica como usted, no va a llamar la atención.

ISABEL - *(Se lleva una mano a la cabeza)* Siempre nos siguen, debería saberlo.

EMILIA - ¿Le pasa algo?

ISABEL - Me paso en casa encerrada y cada vez que salgo ...

EMILIA - El aire la marea, ¿eh?

ISABEL - Sí.

EMILIA - Así que decidió vivir como su marido. ¿Quiere experimentar lo que él siente? Nunca va a ser igual, se lo aseguro. No haga eso. Usted tiene un hijo de la edad de mi nieto. Debe portarse de otra manera.

ISABEL - ¿Por qué me citó aquí?

EMILIA - Vivo acá nomás. Y éste es un lugar lindo para hablar.

ISABEL - ¿De qué quiere hablar?

EMILIA - *(Pausa)* Usted nunca lo vio, ¿verdad?

ISABEL - No.

EMILIA - Pero le dijeron que él está en algún lugar, detenido.

ISABEL - *(Inquieta)* ¿Me mienten?

EMILIA - No sé. Ni siquiera hay un expediente de Hugo y a mí me niegan información. Ustedes tienen más suerte, pero en cualquier momento las cosas pueden complicarse.

ISABEL - ¿Qué quiere decir?

EMILIA - Hay otras como nosotras, Isabel. Convendría estar juntas, unidas. Nos reunimos siempre en lugares distintos, tenemos abogados que nos asesoran...

ISABEL - ¿Cree que la situación de Diego y la de esa chica, la hija de Delia, es grave?

EMILIA - No sé ... yo no entiendo nada. Pero deberíamos insistir ante nuestros abogados, ¿no cree?

ISABEL - Sí.

EMILIA - Nos echan de aquí y de allá ... Nos llaman subversivas, pero nosotras no hacemos caso, Isabel. No podemos parar, ¿entiende?

ISABEL - *(Después de un breve silencio)* yo quiero estar con ustedes, Emilia.

EMILIA - *(Abre la cartera, le tiende una tarjeta)* Esta es la dirección de Berta. Hoy nos reunimos allí después de las ocho. ¿Podrás venir?

ISABEL - Sí.

EMILIA - Muy bien. Voy a pasar por casa de la señora Delia. Me gustaría que ella también estuviera con nosotras esta noche. *(La mira, sonríe)* ¿Sabés por qué elegí este lugar? Quería estar a solas contigo y muy tranquila. Me parecía que ya no querías luchar.

ISABEL - Se equivocó.

EMILIA - *(Pone su mano sobre la de Isabel. Le da un apretón cálido.)* Adiós, Isabel. No falles. *(Se separan y ambas vuelven a sus lugares. Quedan inmóviles, ensimismadas. Se escuchan pasos y gritos que recuerdan los de un allanamiento.)*

Voz de DELIA - *(GRABADA)* ¡Paren, por favor! ¡Les digo que no está!

Voz de ISABEL - *(GRABADA)* ¡No está! ¡Les digo que no está!

Voz de DELIA - *(GRABADA)* ¿Qué quieren?

Voz de EMILIA - *(GRABADA)* ¡Llévate al nene! ¡Llévalo lejos!

Voz de DELIA - *(GRABADA)* ¡¿Qué están buscando?!

LOPEZ - *(Entra. Emilia se pone de pie)* Por favor, señora, es inútil esperar. No hay información.
¿La señora de Castro?

ISABEL - (*Se pone de pie*) Yo soy la señora de Castro.
DELIA - (*Inquieta, a López*) Una palabra, nada más ...
LOPEZ - A su turno, por favor. (*Se vuelve a Isabel*) Quisiera hablar un momento con usted, señora de Castro. Tenga la amabilidad de acompañarme.

(*Las luces decrecen. Ambos entran en una zona de luz. López abre una carpeta; consulta unos papeles. Parece leer un informe.*)

LOPEZ - Estoy en conocimiento de que estuvo haciendo averiguaciones sobre su esposo y de que ciertas personas influyentes se interesaron en su caso.
ISABEL - Estuve preguntando ... ya no sé a quién.
LOPEZ - Me dijeron que la citara y que tratara de contestar a sus preguntas. La verdad es que no sé si podré contestar a todas, señora de Castro.
ISABEL - (*Lo mira. Después de una pausa*) ¿Dónde está?
LOPEZ - No hay datos precisos.
ISABEL - Es mentira que lo soltaron después de aquella noche, ¿no?
LOPEZ - ¿Por qué? Lo soltaron, pero él no quería volver a su casa.
ISABEL - ¿Dónde lo tienen?
LOPEZ - En ningún lado. Alguien lo vio en una agencia de viajes en Buenos Aires.
ISABEL - ¿Lo detuvieron ahí, cuando iba a sacar su pasaje?
LOPEZ - No tengo otra información.
ISABEL - ¿No sabe dónde está?
LOPEZ - No.
ISABEL - (*Se pone de pie. Se lleva las manos a las sienes. La confesión que sigue tiene un tono enajenado*) Necesito saber ... A veces sueño que él y Martín pueden verse ... que mi hijo lo visita. Hago que Martín le escriba cartas. Yo también necesito creer que está vivo.
LOPEZ - Si hubiera pasado algo malo tendríamos alguna comunicación escrita.
ISABEL - Mi hijo quiere verlo, ¿entiende?
LOPEZ - Supongo que usted sabrá manejar esto muy bien con el chico. Pero no tiene por qué alarmarse, créame.
ISABEL - (*Para sí*) ¿Qué voy a decirle? Ya no sé qué inventar.
LOPEZ - (*Le tiende la mano, se la estrecha*) Hasta pronto ... y tranquilícese. Voy a llamarla apenas tenga noticias.

ISABEL - *(Va hacia un banco, abatida. Murmura algo.)*

EMILIA - ¿Se siente mal?

ISABEL - Algo le hicieron ... *(Sale por foro)*
(Delia está junto a López que está ordenando sus papeles.)

DELIA - Oiga ... ¿no piensa atenderme?

LOPEZ - ¿Sí?

DELIA - Señor López Iribarne ... yo soy Delia Ramos de Acuña.

LOPEZ - ¿Acuña?

DELIA - No sé bien qué pasa. Al principio me informaron que mi hija estaba detenida y que la iban a pasar al penal ... Yo no sé bien, porque después escuché ese comunicado. Lo escuché por radio y después, al día siguiente, lo veo en el diario. Cecilia es requerida, con otros, como si nunca hubiera sido detenida.

LOPEZ - Debe haber un error.

DELIA - Es lo que yo digo.

LOPEZ - ¿Cecilia dijo?

DELIA - Cecilia Acuña.

LOPEZ - *(Consulta sus papeles)* ¿Acuña Ortega?

DELIA - No. Acuña Ramos.

LOPEZ - No figura en la lista.

DELIA - ¿Entonces?

LOPEZ - Nunca fue detenida.

DELIA - ¿Qué dice?

LOPEZ - Creo que hay una confusión. Le informaron mal, ¿entiende? Tal vez hubo un error porque aquí hay otra Acuña. Aquí está escrito Acuña Ortega, Olga. No hay ninguna Cecilia Acuña registrada.

DELIA - *(Para sí)* Pero yo le mandé una carta ...

LOPEZ - ¿Adónde?

DELIA - ¿Dónde está? ¡Dios mío! ... ¿Dónde está?
(Comienza a alejarse, sintiéndose perdida.)

LOPEZ - Le prometo aclarar esto. *(Delia sale sin escucharlo. López también va hacia la salida. Emilia le intercepta el paso. Se miran. López rehuye la mirada y sale rápidamente. Emilia vuelve al banco, toma su cartera y hace mutis tras Delia. Las luces cambian. Entran nuevamente las tres mujeres que vienen de recorrer el piso de arriba, marcando así la irrupción del presente.)*

DELIA - ¿Quién pudo dejar esa luz prendida?
ISABEL - Qué importa.
EMILIA - ¿Vieron los ficheros metálicos? Los dejaron.
DELIA - Revisé todo ... y están vacíos.
ISABEL - ¿En qué lugar estarán ahora? ¿Qué nuevos archivos tendrán esas fichas?
EMILIA - *(Más bajo)* Mientras recorriamos la planta alta me vinieron a la memoria mil cosas.
ISABEL - A mí también.
DELIA - Me acordé de todo. Vi a Cecilia como si estuviera aquí.

(Están abatidas, cada una en un banco. Un silencio.)

ISABEL - Alguien va a venir. La lógica indica que alguien va a venir. Hubieran clausurado esta casa, si no.
EMILIA - ¿Se acuerdan la primera vez que nos encontramos aquí? ¿Cuánto hace ya?
DELIA - Sí, hay que esperar a López. Él va a venir.
EMILIA - Tal vez López no aparezca nunca, pero vamos a esperar.
DELIA - *(Más bajo)* Ya no puedo esperar más.
EMILIA - Se dice eso, pero es mentira. A veces, no me muevo de casa esperando una llamada con alguna noticia. Espero siempre, sí. Y voy a esperar que el señor López o quien sea me atienda y diga qué pasó con mi hijo.
ISABEL - Alguien va a venir, ¿verdad?
EMILIA - No sé. Pero vamos a esperar. Alguien tiene que darnos una explicación.

(Las luces bajan; ellas quedan tocadas por una luz muy tenue. Entra Martín con su pelota y crece la luz de proscenio.)

MARTIN - Montevideo, mayo de 1986. Redacción: Mi familia. Yo tengo una familia chicha. Mi madre es buena y hermosa. Me ayuda a preparar las lecciones. Ella vive esperando a mi padre. Mi abuela también. Yo creo que algún día mi padre va a volver ... y si no vuelve, yo voy a aprender a escribir en su máquina. Van a ver.

(Pica la pelota una y otra vez, con obstinada insistencia, mientras las luces decrecen hasta la oscuridad.)

